



## Caminos Naturales

# De los **oficios** y las **tradiciones**

...

en la página anterior

Castillo-ermita de San Sebastián. Castejón de Monegros. Huesca. Aragón

A los pies de esta atalaya se extienden, hipnóticos, los secanos monegrinos y, a su espalda, un Camino Natural que expresa la particular relación de unas gentes con el agua en un territorio siempre sediento



# Caminos de regreso

José María Pérez *Peridis*  
Arquitecto y humorista gráfico

Jaime Nuño González  
Arqueólogo

**AL PARECER** siempre tendemos a pensar a lo grande: tratar de hacer grandes descubrimientos, levantar enormes edificios, cultivar parcelas cada vez más extensas, construir vehículos veloces como la luz (porque lo de veloces como el viento se superó hace ya muchos años), inventar artefactos o sistemas de inmediato fervor mundial o acumular riquezas cada vez más sorprendentes. También en cuestión de caminos —eso que ahora llamamos vías de comunicación— existe la misma sintonía grandilocuente: más lejos, más firme, más seguro, más rápido; hay que recorrer grandes rutas y hacerlo a toda velocidad.

Pero sobre caminos es obvio que hay muchas diferencias entre el pasado y la actualidad: en su construcción, trazado, recorrido, utilidad, aunque sin duda la mayor de todas es la forma de transitarlo. La rueda, el vehículo mecánico y la velocidad aíslan del entorno y el camino casi desaparece para ser una línea sutil entre el punto de partida y el de destino. El sendero viejo, hecho a pie, en mula o en carro, era un trayecto de ida y vuelta, en el que fluían las mercancías —muchas veces vivas—, pero también eso que llamamos conocimiento, donde se encontraban romeros, pícaros, soldados, gitanos de carromato, curas de aldea o paseantes de domingo por la tarde, pero también segadores, arrieros, pastores trashumantes, músicos de cordel, afiladores, buhoneros y trabajadores varios de otros tantos oficios para el recuerdo. Eran caminos vivos y amenos, endulzados por moras y frambuesas, por los cantos de los viajeros y por la lejana copla del labrador que se ayudaba así en su tarea, animados por el trantrán de los carros y por los saludos cordiales; pero podían ser igualmente rutas peligrosas, expuestas al acecho de las alimañas y de los bandoleros, sometidos a la imprevisión de una ventisca o de una niebla cerrada. Placeres y

peligros ya lejanos, que se conservan sólo en viejos libros o en la imaginación del moderno caminante. Unos fueron caminos locales, abiertos a golpe de pico y pala, de pie y pezuña, para llegar a campos que cultivar, bosque que explotar o minas que horadar, sendas comidas por el olvido; otros se plantearon con destinos remotos, rutas naturales recorridas por rebaños y re-cuas desde la noche de los tiempos, asentadas en los mapas por el paso de los siglos y por privilegios reales, veredas arrasadas por la ambición.

Los Caminos Naturales son caminos de regreso, de vuelta a un tiempo menos vertiginoso, más aferrado a la tierra. Transitando por cualquiera de estas propuestas, el paisaje nos saca del presente y el recorrido se convierte en un viaje en el tiempo, cuando el viajero sabía leer en el viento, en las nubes o en las estrellas, sabía interpretar la vegetación, el color de la tierra, las huellas de los animales o el vuelo de las aves, porque todo eso era necesario para andar por esos caminos de Dios. Es un regreso a pueblos recónditos, con sus edificios surgidos de la propia tierra, miméticos y callados, lugares donde se conserva la memoria, el acento

...

en la página anterior

Camino Natural del Interior. San Rosendo. Tramo Porto-Quintela a Celanova. Ourense. Galicia

Este templo es un excepcional ejemplo del arte visigodo que, junto a otras escuelas, precedió el surgimiento del Románico y acentuó su singularidad en los reinos hispánicos



viejo y el aire limpio, donde los pliegues del terreno son pliegues del tiempo y de la historia, todos ellos casi inexplorados. Sitios donde se esconden castillos desamparados, factorías laneras, torres para vigilar el acecho de piratas, ermitas que albergan aún rescoldos del fervor popular, monasterios que buscaron el retiro del mundo, milenarios sepulcros, acueductos subterráneos, iglesias que son también atalayas, enigmáticas pinturas y grabados de quienes hace muchos siglos labraron su huella para nosotros.

Es un encuentro con paisajes que han sobrevivido a la destrucción salvaje, pero son a la vez paisajes de supervivencia, en los que el hombre ha encontrado unos escuetos recursos que ha sabido rentabilizar, en los que se manifiesta claramente la habilidad para usar el material autóctono, casi siempre pobre, duro, arisco, pero que ha dominado a base de voluntad, haciendo de la necesidad virtud. A lo largo de estos senderos aflora el granito, la pizarra, la caliza, pero también el barro que se transforma en adobe o ladrillo, materias básicas para levantar desde simples cabañas que han constituido hasta hace poco el hogar de humildísimas familias, a enormes fortalezas, de casonas hidalgas que lucen aún en sus fachadas los emblemas de glorias lejanas, a puentes grandes y pequeños, sólidos o maltrechos, levantados para superar la servidumbre estacional de los vados y salvar esas fronteras naturales que en muchas ocasiones eran los ríos.

Andar por estas veredas es también abandonar el asfalto que ennegrece casi todos nuestros caminos y regresar a la naturaleza, a los trazados que se hicieron para ir andando. Desde los robledales atlánticos a los últimos olmos desafiantes en los confines de Menorca, el viajero puede disfrutar igualmente de la sombra de castaños, acebuches, alcornocos, avellanos, o de fresnos, sauces y chopos en las riberas de los ríos, incluso de alguna palmera que rememora el retorno de algún largo

viaje, o encinas bellamente adeshadas por una ancestral dedicación ganadera, árboles y maderas que son hoy, sobre todo, un grato gesto de la naturaleza pero que hasta hace bien poco eran despensa para hombres y animales, almacén de materia constructiva y lumbre para el hogar familiar, elementos tan básicos para vivir que las propias comunidades velaban por su conservación de una manera lógica, natural y eficiente, sin necesidad de disposiciones legales proteccionistas, porque la necesidad y el sentido común son la mejor ley.

Se nos antoja ahora que éstos –casi todos– son paisajes amables, y verdaderamente lo son, pero en cada tapia de cercado, en cada cabaña, en cada campanario que se divisa en el horizonte se adivina el esfuerzo de unas gentes que se enfrentaron a una naturaleza difícil, hostil muchas veces y que con habilidad y perseverancia supieron adaptarla a sus necesidades y conservarla para nosotros. Cualquiera de estas rutas propuestas discurre por un mundo rural profundo, abandonado por quienes marcharon para buscar mejores oportunidades, incluso casi olvidado, lo que en cierta medida ha contribuido a su conservación. Recorrer con sosiego estos senderos es una oportunidad para volver a nuestras raíces, regresar a un mundo que tiene miles de años de historia y que apenas hace sólo medio siglo se esfumó, casi de repente, dejando pueblos, personas y campos aparentemente fuera de sitio, fuera del tiempo. Es una oportunidad para valorar el ingenio de quienes abrieron pozos para regar en terrenos casi desérticos y además instalaron artilugios para sacar el agua con facilidad, de quienes supieron aprovechar la energía del agua y del viento para moler grano o para trabajar los paños, en un ciclo de transformación de materias primas, verdaderamente complejo y laborioso cuyos mayores réditos fueron extranjeros. Muchos de estos caminos coinciden parcialmente con grandes rutas ovinas que trasladaban los rebaños de norte a

...

en la página anterior

En Berniego (Principado de Asturias), junto al Camino Natural de la Senda del Oso, encontramos magníficos ejemplos de arquitectura popular, como este hórreo



sur estacionalmente, esas cañadas que llegaban a tener 75 m de anchura y cuyo recorrido estaba salpicado de fuentes para abreviar, puentes para vadear, descansaderos donde reposar, corrales para pernoctar y esquilas, factorías para transformar la lana, batanes para elaborar el tejido y cargaderos donde llenar los carros de fardos para, como siempre, echarse al camino buscando el puerto más cercano, rumbo a Flandes o a Inglaterra, aunque para regresar más tarde convertidos en costosos e inaccesibles trajes.

Y es igualmente una oportunidad para encontrarnos con la vieja espiritualidad, con los ritos prehistóricos que enterraban en dólmenes o en cuevas, en estructuras dignas de cíclopes, junto al mar, en alturas despejadas o en medio de bosques, sin que todavía lleguemos a saber el porqué de cada lugar.

También con tradiciones de fuentes santificadas, donde luego se levantaron ermitas, de recuerdos de rogativas para implorar la lluvia benefactora y que, milagrosamente, solía llegar; con santuarios que se erigieron con esfuerzo y fe confiando en el Paraíso, siempre el Paraíso. Es la ocasión de escuchar entre los árboles o en el llano desértico, entre los peñascos o las dunas, los mil sonidos de la naturaleza, de estar atento a lo que ocurre junto a las viejas piedras, entre las ruinas arqueológicas o entre obsoletas pero aún orgullosas atalayas y percibir el escuerrido movimiento de los animales salvajes, el sonido de los últimos campanos, el relincho de arcaicos caballos o el canto de mil aves, quizás como trasunto de lenguas ya perdidas, de voces antiguas que un día poblaron estos caminos. Sin duda toda esa vida ahí sigue, casi inmutable, pero sólo si somos capaces de soñar.

...  
en la página anterior  
Iglesia de San Esteban de Segovia. Castilla y León

La ciudad es el punto de arranque del Camino Natural del Eresma

...  
Portada del Juicio. Catedral de Tudela. Navarra

Tudela, en los Caminos Naturales del Ebro y del Tarazonica, ofrece uno de los más bellos muestrarios de la escultura románica peninsular en su catedral, tanto en su claustro como en su espectacular portada del Juicio Final, ya influida por una corriente cisterciense que anunciaba la llegada del arte gótico

